

PABLO VI A TIERRA SANTA

EL REGRESO A "LA PRESIDENCIA DEL AMOR"

CUANDO en la segunda mitad del siglo pasado, el famoso convertido del anglicanismo, cardinal Newman, afirmó que el dogma de la infalibilidad pontificia era un dogma bien modesto, sentó la posibilidad de acercamiento con los demás cristianos no católicos.

Fecían sus palabras un eco de aquello que durante los once primeros siglos todos los cristianos habían admitido: la «presidencia de amor» que tenía el obispo de Roma.

San Ignacio de Antioquía fue el gran testigo del cristianismo primitivo, el mártir que yendo a su inmolación dio este título a la Iglesia romana: ella era la única que, en honor de sus fundadores Pedro y Pablo, había de presidir a todas las demás iglesias, que eran entonces las fundadas por los otros apóstoles. Esta presidencia debía hacerse solamente «en el amor», y no de otra forma. Cualquier clase de tiranía o despotismo habían de ser proscritas desde el principio.

Ningún Papa había ido hasta ahora a Jerusalén. Pablo VI hará el Vía Crucis en los mismos lugares que lo hizo el propio Jesús y va a recrear su vista en los horizontes que la misma, sólo los motores «fuera-borda» atestiguan el paso del tiempo. A la derecha, el jardín de Getsemaní y la basílica del mismo nombre; al fondo, en el ángulo



Como confiesa un inteligente y profundo escritor cismático, el profesor Clément, ante ese problema: «Los Concilios reconocieron esta autoridad». Esto entraña también que Roma tenía entonces «un derecho moderado de arbitraje», además de esa presidencia en el amor.

Desde el Concilio de Calcedonia, que se celebró en el año 451, se dibujaron los contornos bien definidos de los cinco patriarcados que agrupaban a todos los cristianos: el de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Posteriormente, estos patriarcados se han multiplicado en otros varios, unos cismáticos y otros católicos. Su función era ser centros de coordinación de los diferentes grupos de cristianos de cada zona; ellos elegían sus propios obispos, y tenían sus sínodos regionales, todo ello con la colaboración de los seculares, decidiendo así de la marcha de sus iglesias.

Cuando fue destruida Jerusalén el año 70 de la era cristiana, «la primacía universal pasa a Roma» (O. Clément). Y este patriarcado de Occidente, que ejerce el obispo de la capital imperial, es reconocido por todos como una iglesia «muy grande, muy antigua y conocida de todos, fundada e instituida por los dos gloriosos apóstoles Pedro y Pablo», como afirma San Ireneo en el siglo II. Constantinopla, posteriormente, fue sólo el patriarcado para todo el Oriente; de igual manera que el Papa, además de obispo universal, era el primado de Occidente.

Esto, y no otra cosa, es lo que se había mantenido por todos los cristianos hasta la separación del año 1054. Y, desde entonces, se marcan dos corrientes: la de Roma y la de las cristiandades orientales.

Roma sigue teniendo la primacía; pero, de hecho, no es reconocida por las iglesias ortodoxas. ¿Porqué? Las causas son complejas, y si hemos de seguir el consejo de Juan XXIII, más vale no enzarzarnos en discusiones históricas poco claras, y con parte de razón por uno y otro lado.

A partir de entonces se mantiene Roma, como cabeza de la cristiandad que le sigue; quedando apartadas otras cristiandades separadas que sólo conservan sus tradiciones, pero no evolucionan como los latinos.

Es cierto que no todo es diáfano en la historia de Occidente, porque el obispo de Roma tiene tres ti-

tulos: primado de Italia, patriarca de Occidente, y Papa universal. Y no siempre quedan bien distinguidas estas jurisdicciones, sino que se mezclan en una confusión de hecho, perjudicial para la Iglesia mundial.

Frecuentemente, el Papa legisla como patriarca de Occidente; por ejemplo, cuando regula la liturgia y los estudios eclesiásticos en latín y con una mentalidad occidental, y recomienda el estudio del pensamiento aristotélico de Santo Tomás de Aquino, tan diferente del pensamiento de Oriente, siendo este último igualmente legítimo —por otro lado— en la Iglesia de Cristo. De igual manera actúa como patriarca de Occidente, promulgando un Código de Derecho Canónico latino, de corte jurídico-romano, imposible de aplicar a las legítimas costumbres de los cristianos orientales.

Esto es lo que, indudablemente, ha impedido la comprensión entre cristianos de Oriente y de Occidente.

El único puente que ha habido ha sido el de los católicos orientales unidos. Ellos son los que han recordado, en los peores momentos de autoritarismo de la Curia romana, las frases de León XIII y Pío XII respecto a las iglesias orientales reconociendo que «no es, ni jamás será nuestro pensamiento, ni el de nuestros sucesores, disminuir en lo más mínimo vuestro Derecho, los derechos y privilegios patriarcales, vuestras costumbres litúrgicas».

Pero cuando el gran patriarca oriental católico de Antioquía, su beatitud Máximos IV, se levantaba en esta segunda sesión del Concilio, recordando a los padres occidentales que no siempre había sido respetada por Roma esta legítima tradición oriental, no sólo expresaba un derecho reconocido oficialmente por los Papas, sino que cumplía con el deber de ser el puente futuro para la unión con los orientales que todavía están separados.

El valiente patriarca de Antioquía afirmó que cuando estos patriarcados son los únicos tradicionales que encabezan toda la Iglesia, y que se desarrollaron a partir de un núcleo —que fue la Iglesia Oriental en germen— fundado directamente por los apóstoles, en cambio una institución eclesiástica puramente romana, como es el cardenalato, ha estado durante mu-

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

chos años por encima de esta Iglesia Oriental de institución apostólica.

Esta influencia excesiva del patriarcado de Occidente, esta latinización de la Iglesia, es lo que combaten, dentro y fuera del Concilio, nuestros obispos católicos de Oriente.

El archimandrita católico O. Kéramé dice que la Iglesia Oriental nació directamente de los apóstoles, y creció y se desarrolló «sin intervención romana», aunque reconociendo la primacía de servicio en el amor, como dice el actual esquema conciliar del ecumenismo. La Iglesia católica no es la Iglesia latina sola: eso es en lo que insisten los obispos de rito bizantino, y lo que es necesario aclarar definitivamente.

Un primer paso están intentando dar, tanto el Papa Pablo VI, como el patriarca ortodoxo de Constantinopla, Atenágoras, en cuanto representantes de Occidente y de Oriente.

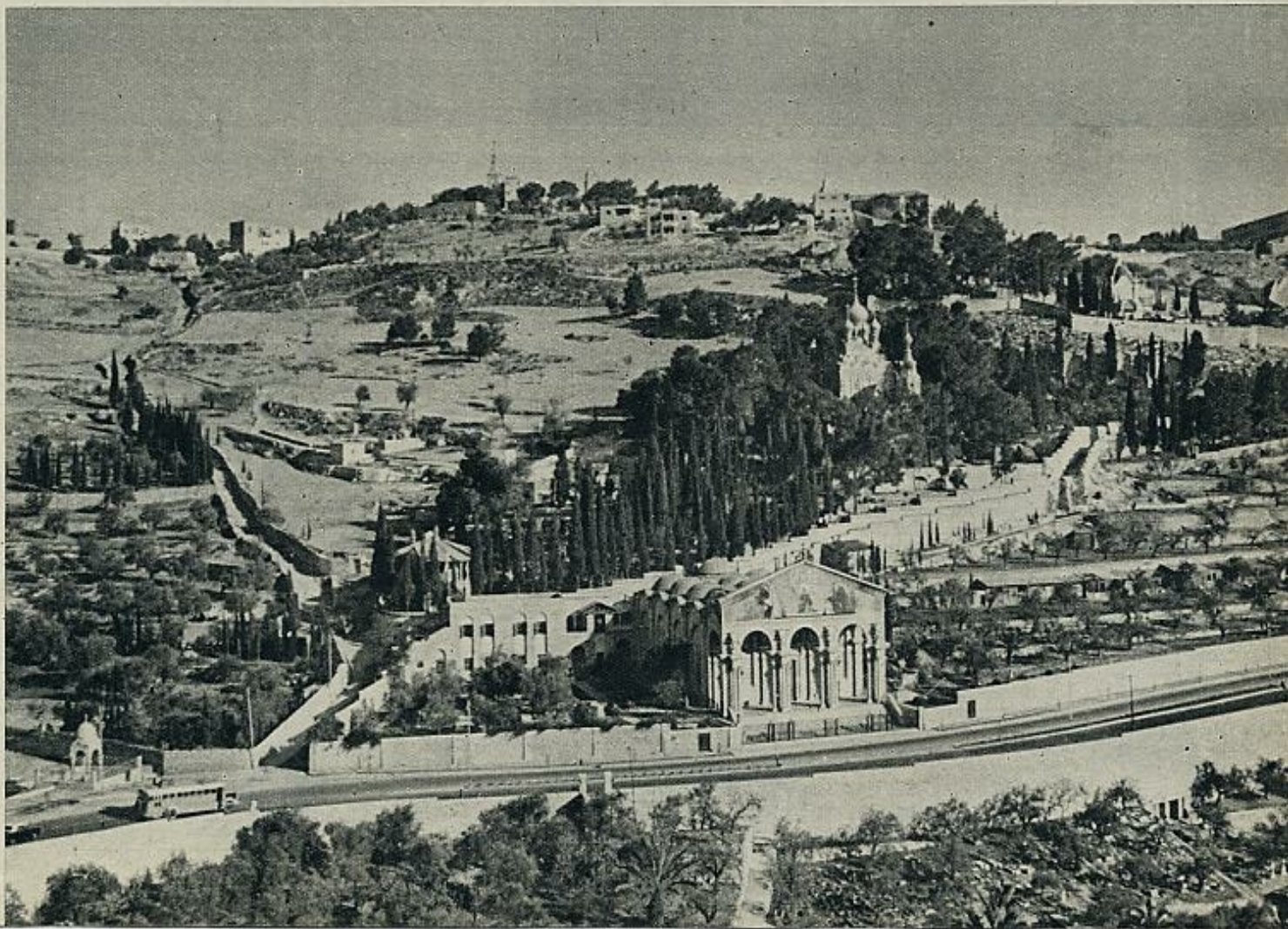
¿Se llegarán a vencer todas las resistencias existentes por uno y otro lado?

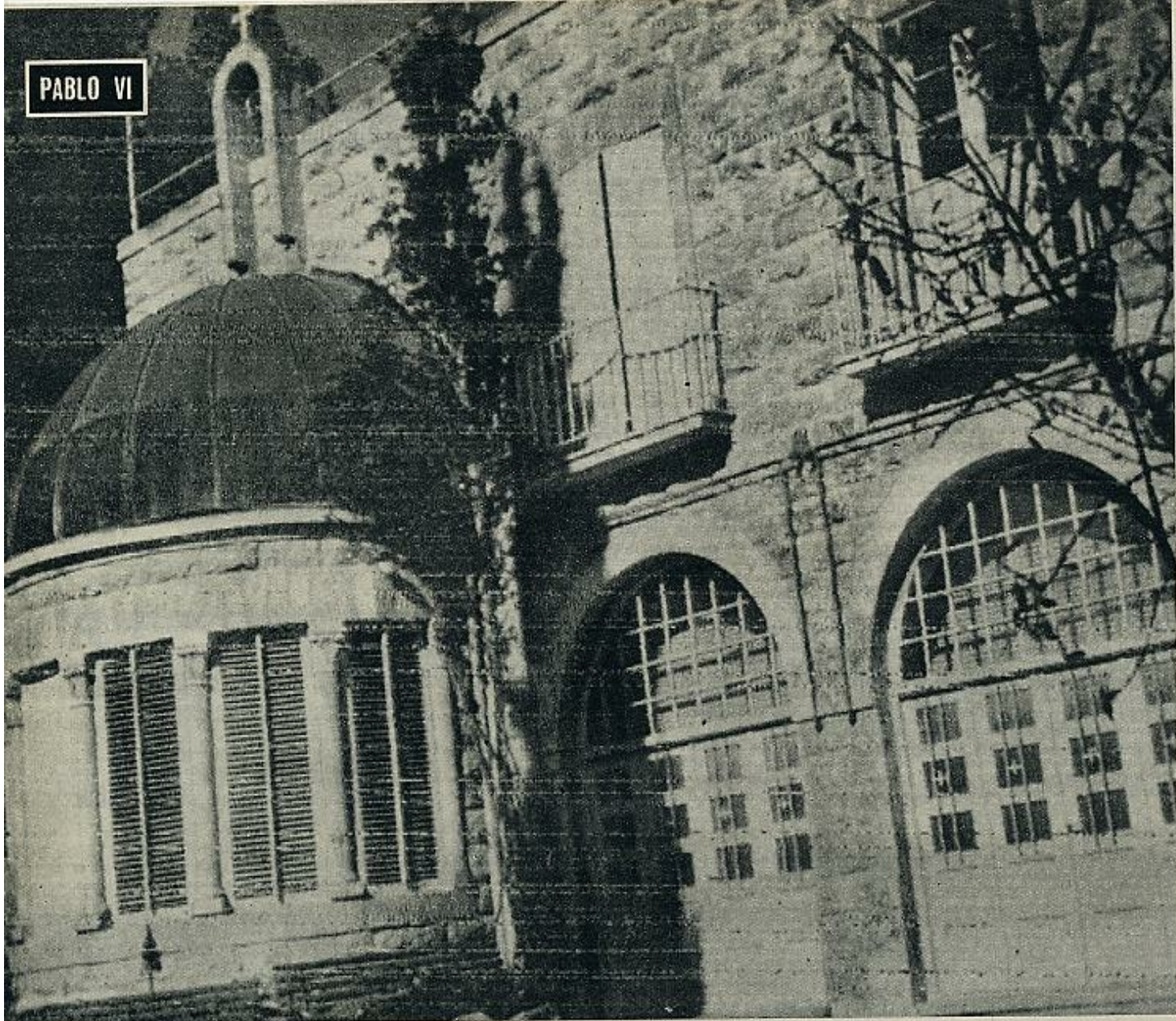
* * *

Que el Papa de la Iglesia Universal viaje a Oriente tiene este significado; pero que vaya precisamente a Tierra Santa, donde nació Jesús, el fundador del cristianismo, es querer conscientemente volver a las fuentes de nuestra religión, y librarse como Papa, de todo lo que no es esencial a su universal misión, evitando que sea confundida esta función con la de patriarca de Occidente. Es volver a la aprensión del amor y de la autoridad moral, dejando ya de una vez de lado la discusión de derechos.

Todavía no será «la mesa redonda con los ortodoxos, sin hacer cuestión de prestigio ni precedencia, celebrada en una de las actuales grandes se- **SIGUE**

había contemplado Cristo. Abajo, a la izquierda, una impresionante vista del mar de Galilea, en el que los pescadores continúan trabajando por las noches. La estampa es superior izquierdo, el «monte de los Olivos». Todos estos lugares serán visitados por Pablo VI, cuyo itinerario figura en el dibujo situado encima de estas líneas.





En la fotografía superior, una vista exterior del cenáculo de la Residencia Apostólica en el monte de los Olivos. Abajo, a la derecha, el Santo Sepulcro en la actualidad.

des patriarcales: Roma, Constantinopla o Moscú, como pidió el obispo checoslovaco, monseñor Tomasek, en el Concilio. Pero, sin duda, ha de ser un acto de humildad y de amistosa convivencia del Vicario de Cristo.

Ningún Papa había ido hasta ahora a Jerusalén; y el propio San Pedro, después de ir a Roma, nunca volvió a su primera sede. Pero Pablo VI va a hacer el Via Crucis en los lugares que lo hizo el propio Jesús, va a sentirse de nuevo el sencillo artesano de Nazareth, el humilde predicador del amor, incomprendido por los hombres religiosos de su tiempo. Allí recordará Pablo VI el apóstrofe que hacía Pío XII a algunos religiosos modernos cuando les decía «No sueda que la espléndida pobreza que resplandece en el hábito y en el porte exterior, se vea oscurecida desgraciadamente por la suntuosidad de las casas y con las exquisitas delicadezas y comodidades de la vida» (Roma, 25-XI-1948). Que nadie quiera interpretar este viaje como una maniobra humana, más o menos política. Es y será solamente un acto religioso que todos hemos de pedir que tenga la máxima significación para el futuro del cristianismo.

Allí se olvidará el significado religioso-político de las Cruzadas, el abuso de la imposición del rito latino a unos países de tradición oriental, las luchas bien poco edificantes que, a veces, se producían en los propios Lugares Santos entre las varias dominaciones cristianas.

* * *

Según las previsiones vaticanas, el sábado día 4 de enero saldrá el Papa de Roma en avión a las ocho y

media de la mañana para Amman, capital de Jordania, y será recibido en el aeropuerto por el rey Hussein; dará después un paseo por la capital y pasará a Jerusalén, que está situado a 85 kilómetros.

Recorrerá el camino que siguió Jesús hacia el Calvario, cuando fue condenado a muerte por Poncio Pilato, el procurador romano.

Luego se dirigirá a la iglesia del Santo Sepulcro, y oficiará una misa en la tumba de Jesús. También hará acto de presencia en la iglesia de la Agonía, en el Jardín de Getsemani, donde se leerá el Evangelio en varias lenguas.

El 5 de enero, domingo, saldrá para Nazareth en automóvil, a través de Jordania, y cruzará la frontera con Israel, siendo recibido por el Presidente del Estado judío y visitará probablemente la iglesia de la Transfiguración en el monte Tabor. Luego regresará a Jerusalén, en su sector judío.

El lunes día 6, viajará el Papa a Belén, lugar del nacimiento de Jesús, y dirá misa en el pesebre; y habrá posteriormente una recepción pública. Después irá a Amman nuevamente, desde donde regresará a Roma a las 15,30 de la tarde.

«Cuándo se reunirá con el patriarca de Constantinopla? No lo sabemos, pero esperamos que una común oración acerque a estos dos grandes jefes de la cristiandad, puesto que los fieles estamos viviendo ya una misma fe, independientemente de la separación jurídica en que vivimos.

E. M. M.

